

como si fuera una sola doctrina. Luis Razzetti con su grupo formó "la segunda generación positivista". Afirma Arturo Uslar Pietri:

Puede decirse que el positivismo determina una época de florecimiento de las ciencias y las letras en Venezuela. Bajo su influencia más o menos pura o directa, entre 1883 y la Primera Guerra Mundial, se rehace la historiografía nacional, comienzan los estudios sociológicos, se extiende el criollismo literario y se despierta el interés por las grandes corrientes del pensamiento universal en un grado que recuerda el de las generaciones que a fines del siglo xviii buscaron ávidamente en las fuentes europeas las ideas de la Ilustración (Uslar Pietri, *Letras y hombres de Venezuela*, 1962, p. 923).

Varios periódicos difundieron las nuevas ideas basadas en el positivismo. *El Federalista*, *El Fonógrafo*, *El Cojo ilustrado*, *el Nuevo Diario* y *Vargasia*, esta última era una revista. También se fundaron sociedades científicas, como la Sociedad de Médicos y Cirujanos. El positivismo influyó en la creación o en la reforma de distintas disciplinas científicas. Como afirma Marisa Kohn:

Se hicieron reformas en los estudios de medicina, tendientes a ofrecer mejores posibilidades de preparación práctica a los estudiantes, entre ellos el establecimiento de la enseñanza clínica, la reforma de las cátedras de Anatomía y Medicina Operatoria, la fundación del Instituto Anatómico, la Creación de las cátedras de Histología Normal y Patología y Fisiología Experimental y Bacteriología. La población se benefició con la fundación del Hospital Vargas, y del Instituto Pasteur de Caracas (1970, pp. 59 y ss.).

El positivismo venezolano es muy amplio; de hecho de los países estudiados en este trabajo es Venezuela el que conoció un desarrollo más extenso, habiéndose difundido no

sólo en el área sociológica y política sino también en la científica y literaria. En el estudio de los positivistas venezolanos se suelen distinguir varias generaciones:

Primera generación: Adolf Ernest y Rafael Villavicencio; segunda generación: Luis Razetti, David Lobo, Guillermo Delgado Palacios, José Gil Fortoul, Alejandro Urbaneja, Nicomedes Zuloaga, Lisandro Alvarado, y Manuel Revenga. La tercera generación la componen: Laureano Vallenilla Lanz, Pedro Manuel Arcaya, José Ladislao Andara, Elías Toro, Ángel César Rivas, Julio César Salas y Samuel Darío Maldonado.

Rafael Villavicencio (1838-1920)

NACIÓ en Caracas el 12 de abril de 1838. Hizo sus estudios en Arte y Filosofía en el Colegio El Salvador del Mundo, que dirigía Juan Vicente González. Obtuvo una licenciatura y un doctorado en Ciencias Médicas en la Universidad Central. Fue el fundador de la Sociedad Científica Literaria y profesor de Historia Universal de la Universidad Central de Venezuela. Fue ministro de Fomento y luego cónsul de Venezuela en Nueva York. También fue presidente del Senado (1895); fue dos veces rector de la Universidad Central y Ministro de Instrucción.

Sus obras principales son: *La evolución*, *Las ciencias contemporáneas*, *La República de Venezuela bajo el punto de vista de la Geografía y topografías médicas y de la demografía*, *La apoteosis de Páez y la carta al General Guzmán Blanco*, además de numerosos discursos. La doctora Luisa Poleo P. incluye algunos de los más importantes en su trabajo: *Rafael Villavicencio: del positivismo al espiritualismo*. (Discursos leídos en la Academia Venezolana correspondiente de la Real Española, Discurso al incorporarse a la Academia Nacional de Medicina, Discurso al incorporarse a la Academia Nacional de la Historia).

Desde su discurso de diciembre de 1866 se le conoce públicamente como abanderado de las ideas positivistas en

Venezuela, aunque su tendencia evoluciona cada vez más en el sentido del monismo vitalista. Se mueve ante todo en el ámbito de las ciencias y la filosofía que las anima. Luisa Poleo Pérez afirma de Villavicencio lo que sigue:

Al hablar de la filosofía positivista, la presenta como la única y posible salida para sacar al hombre de la ignorancia, del estancamiento intelectual, trae la ciencia al terreno del positivismo y es esperanzador su mensaje a la juventud, cuando le hace ver con entusiasmo, que ha de llegar un día en que el positivismo se haya adueñado de todas las inteligencias y los persuade al estudio, al trabajo y a la vida pacífica entre las naciones, para así ser verdaderamente libres y poder colocar a Venezuela en el puesto justo del mundo civilizado (1986, p. 43).

Obsérvese cómo la autora ubica a Villavicencio dentro de una finalidad social. De hecho el mismo Villavicencio incita a los gobernantes a dejarse llevar por la política del orden y el progreso. Esta finalidad política coincide con lo ocurrido con el positivismo en los países latinoamericanos. El positivismo se presenta como una filosofía de progreso, capaz de organizar una ideología coherente para el mejor desenvolvimiento de nuestras sociedades. La llamada del positivismo es al progreso científico e industrial dentro de un estricto orden social.

Villavicencio define el positivismo de acuerdo con expresiones que siguen muy de cerca las de Comte:

La filosofía positivista no es otra cosa que el conjunto de los principios generales de las seis ciencias abstractas: matemáticas, astronomía física, química, biología y sociología o ciencia social, ordenadas según la jerarquía determinada por la ley enciclopédica encontrada por August Comte. Ella comprende la totalidad del saber abstracto, purgado de todo elemento metafísico, esto es, de toda especulación *a priori*. La filosofía positiva excluye toda metafísica, llámese materialismo, espiritualismo, etcétera. (*La evolución*, Introducción).

Las filosofías metafísicas quieren resolver por la razón lo que la teología resuelve por la autoridad. Pero en ambos casos se apartan de la investigación *a posteriori*. El positivismo se detiene ante lo desconocido, ante lo infinito, con humildad. Aun cuando Villavicencio evolucionó hacia el vitalismo, estuvo, como nos dice la doctora Marisa Kohn, bien consciente de que traspasaba los límites de lo observable y lo experimental.

Entre las ciencias enumeradas por Villavicencio, en el texto citado, figura la sociología. Debe entenderse que uno de los principales esfuerzos del positivismo fue integrar las ciencias sociales dentro del esquema científico moderno de la legalidad. Descubrir las leyes invariables que rigen la sociedad humana. Es por ello que el positivismo se mantiene firmemente dentro del esquema determinista moderno; determinismo legalista.

Las leyes biológicas sirven de modelo a las leyes sociológicas.

Villavicencio parte de la hipótesis de la transformación de las especies y de ahí pasa a aplicarlo a la sociedad para entenderla como un fenómeno natural. El hombre figura como un viviente evolucionado. Conocer la vida social exige conocer primero el desarrollo de los seres vivientes. Ahora bien, la característica diferencial de la vida es la organización. De modo que es necesario indagar el modo de organización de la vida social humana. Las fuerzas sociales son fuerzas naturales inexorables y ciegas. El único mérito del hombre es conocerlas y regularizarlas. Las fuerzas sociales siguen leyes estrictas. El hombre como los demás seres está sometido al legalismo de la naturaleza. El único privilegio del hombre es su capacidad de conocer las leyes naturales y sociales. Oponerse a las leyes naturales de la sociedad es estrellarse contra una firme roca.

El determinismo de la sociedad es general. "En todo fenómeno natural, y la sociedad es uno, la intervención humana no es eficaz sino a condición de conocer la ley." Sin embargo, los individuos son libres y autónomos. La sociedad es un organismo; los individuos son órganos que cumplen diversas

funciones. Pero así como hay un consenso en el organismo fisiológico, así también lo hay en el organismo social. La autonomía de los individuos no va ni puede ir desarticulada de la armonía social. Esto significa que la independencia, autonomía y libertad son relativas. O lo que es lo mismo, la libertad también sigue la ley. Generalmente vemos la libertad individual y se nos hace difícil percatarnos de la legalidad social. Pero ésta es tan estricta como en todo el orbe natural.

Las leyes que determinan la vida social son de dos clases: fijas o estáticas e históricas o evolutivas. La ciencia se vincula con la historia porque el pensamiento muestra una evolución desde lo simple hasta lo complejo. La sociología es la ciencia más reciente pero también la más madura. Ella está consciente de que el único objeto del conocimiento son los hechos y sus relaciones invariables que son las leyes. No hay conocimiento de lo que Kant denomina el noúmeno, sino meramente del fenómeno. La llegada de la sociología significa también el advenimiento de una sociedad más evolucionada, la sociedad industrial, técnica, científica, en una palabra, la sociedad positiva.

Libre de la metafísica, la filosofía positiva se limita a aceptar la existencia de la materia como un hecho, sin averiguar su origen, deteniéndose sólo en sus transformaciones. Se abstiene, dice textualmente Villavicencio, de afirmar la eternidad de la materia (materialismo) o la creación (tesis espiritualista). Villavicencio piensa que estas teorías acerca de la materia no pueden encontrar ningún apoyo en la ciencia, sin embargo, cree que la conciencia individual sí tiene la opción de decidirse por una de ellas. La doctora Kohn comenta, con razón, que hay en esta posición una revisión de la tesis original comtiana. Lo que no puede resolver el entendimiento humano puede, empero, ser resuelto por la conciencia individual. Y conceptúa esta vía individual como una irracional, pero que debe ser comprendida también como una forma abierta de resolver ciertos problemas.

En esta forma se separa la ciencia de la metafísica y de la religión, pero al mismo tiempo se considera que estas

últimas no son afectadas por la primera y que, por el contrario, coexisten, cumpliendo cada una su función específica humana. Es la vuelta al Kant de la "razón práctica" (Kohn, 1970, p. 100).

Es aquí donde se encuentra el relativismo de Villavicencio. El individuo adopta una posición determinada por su voluntad, por su conciencia, más allá de lo que el entendimiento establece. Pero por eso mismo en los distintos pueblos y naciones encontraremos creencias bien diferentes a lo largo de la historia. Por lo cual no podemos considerar ninguna de estas posiciones como absoluta. Nuestro entendimiento está limitado al hecho sensible y, además, el entendimiento evoluciona históricamente. Lo que lo hace doblemente relativo. Del mismo modo, el concepto que el hombre se hace de sí mismo está limitado geográficamente e históricamente. A pesar de la relatividad de tantas verdades, hay una verdad absoluta, pero no es sino el conjunto de las verdades relativas.

A pesar de que Villavicencio establece que el conocimiento humano se limita al hecho sensible, sin embargo, piensa que hay algo suprasensorial aunque incognoscible. Las leyes de la naturaleza no son sino ideas divinas. Constituyen una realidad espiritual y manifiestan la racionalidad con que funciona la naturaleza. Del mismo modo, las leyes históricas no son sino el "pensamiento divino manifestado en la historia". Elogia a Bossuet por haber presentado la historia como un proceso ascensional hacia la perfección. En Comte elogia la tesis de la evolución del espíritu humano a través de las etapas teológica, metafísica y positiva. Como Comte piensa que en cada sociedad hay una comunidad de ideas que constituyen su más fuerte vínculo. Si Espartaco hubiera vencido a los amos, no habría cambiado nada porque los amos pasarían a ser esclavos y los esclavos amos, pero habría cambiado de doctrina, de ideas. Entre las concepciones del mundo de cada época y las teorías políticas hay siempre una estrecha unidad. Las revoluciones son innecesarias, los cambios sólo ocurren cuando hay cambios en las concepciones del mundo.

La evolución ulterior del pensamiento de Villavicencio es hacia el vitalismo.

El espíritu vivificador del universo se revela a la humanidad por el orden inalterable de la Creación, y el ideal de la ciencia sería encontrar una vasta y suprema síntesis comprensiva en una fórmula única de todos los fenómenos naturales. A nuestra limitada razón le está vedado el conocimiento de esta ley universal (Kohn, 1970, p. 118).

Rafael Villavicencio fue muy criticado como materialista. Lo cierto es que son varias las críticas que Villavicencio hace al mecanicismo, criticando a Comte y Littré porque piensan que los fenómenos cualitativos son siempre reductibles a los cuantitativos. Hace una larga demostración de cómo la ciencia moderna se inclina toda hacia el mecanicismo. Las críticas que él formula al mecanicismo pueden resumirse así: Los supuestos componentes últimos de la materia quedan siempre desconocidos; no sabemos en última instancia qué es fuerza, materia o incluso átomo. El modelo mecánico no puede explicar cómo surge la conciencia, el pensamiento o en general los fenómenos psíquicos. El modelo mecánico supone la reversibilidad de los fenómenos físicos; pero en realidad esto es sólo un modelo ideal que no se percibe en la naturaleza. "Todo fenómeno mecánico es reversible. Ningún fenómeno natural es reversible. Luego, ningún fenómeno natural es mecánico."

El principio de Carnot-Claussius, o de la degradación de la energía, establece diferencias de energía que no se explica por modelos mecánicos. De hecho la ley de degradación supone un proceso irreversible. Finalmente, el principio según el cual *Natura non facit saltus*, se cumplía sólo porque se reducía todo a lo físico-químico.

En la temática de Villavicencio lo esencial es la filosofía de la evolución. Y él encuentra que el materialismo mecanicista no logra explicarla. Por eso su clara tendencia vitalista. "La vida, la conciencia, son los principios más elementales y esparcidos del Universo"... "Ningún retiro, ningún elemento

está desprovisto de ella. La vida se acomoda a todas las circunstancias. Es inagotable en su diversidad" (Discurso a la Academia de Medicina, en Poleo Pérez, 1986, pp. 153-154).

Con razón él se defendió citando sus propias palabras a lo largo de toda su vida. La ciencia, afirma Villavicencio, no niega la existencia de una causa primera, lo que hace la ciencia es decir que la razón no tiene competencia para comprender esa causa primera. No se atreve, pues, a asignar atributos a lo incognoscible puesto que es incognoscible. Con John Stuart Mill sostiene: "El hombre no tiene derecho de tomar el límite actual de sus facultades por límite definitivo de los modos de existencia del universo." Y concluye el propio filósofo venezolano:

En realidad la ciencia toma las cosas tal cual existen en la actualidad sin entrar a discutir las cuestiones de origen, ya que declina con humildad toda competencia en la materia, y deja a cada cual en libertad para explicárselas por un acto de fe como más convenga a cada conciencia (*La Evolución, Escritos*, 1989, vol. iv, p. 135).

Con Littré está de acuerdo en que el hecho de que el espíritu divino sea inaccesible no quiere decir que sea nulo o inexistente. Se trata de una realidad oceánica "cuya visión es tan saludable como formidable". Por eso el mismo Villavicencio concluye: "No hay contradicción entre nuestras ideas anteriores y las actuales; lo más que puede decirse es que hemos pasado del monismo agnóstico al espiritualista, lo cual no es contradicción sino *evolucion*" (1989, vol. iv, p. 147).

Su pensamiento vitalista llega hasta asumir mitemas del pensamiento griego e incluso del oriental. Veamos algunos ejemplos:

No, el Gran Pan no ha muerto como lo creyó erradamente el piloto Thomous. Casi 2,000 años después que el grito fúnebre resonó en los ecos del mundo antiguo, el dios que había creído muerto resucita. Renace más grande, más formidable, más prodigioso. Se encuentra en un mundo

más vasto y más digno, y su poder se extiende más allá de los confines de este universo incomparable y sublime que la ciencia nos ha revelado (1989, vol. iv, p. 72).

Se inspira en Heráclito para ver el continuo nacimiento y muerte de las cosas.

El Cosmos muere y resucita por doquier. ¡Torbellino sin fin de los mundos y de las cosas! Siempre el mismo Ser que se consume y renace. El Cosmos es este foco viviente que según la palabra de Heráclito, se enciende y se apaga alternativamente. Nada desaparece; la vida pasa y fluye como un río sin fin. Los gérmenes eternos son semejantes a ondas cambiantes que reflejan, según la hora, espectáculos variados y que siguen el mismo curso poderoso y medido, hacia un término que no se puede determinar (1989, vol. iv, p. 73).

La doctrina heraclitiana de los opuestos también aparece, como lo muestra el siguiente texto:

La causa de la evolución, vital y social, es el equilibrio dinámico o la preponderancia alternada de dos agentes opuestos, que determinan el ritmo de la naturaleza. En consecuencia, el movimiento del Universo, en los seres vivientes y en las sociedades humanas no siempre es ascendente, sino que presenta periodos de descenso temporal, para subir luego a puntos más elevados que los anteriores; y la línea que representa gráficamente el progreso humano no es una recta, sino una curva de múltiples y variadas inflexiones, curva cuya ecuación es hasta el presente, indeterminable por el cálculo (Discurso en la Academia Nacional de la Historia, en Poleo Pérez, 1986, p. 176).

Por último, se refiere a mitemas orientales:

La ciencia moderna nos conduce por medio del análisis a donde llegaron por la síntesis los bramhanes de la India

y los hierofantes de Egipto. Todo proviene del *uno*, que inefable en su unidad absoluta, se polariza para crear el eterno masculino y el eterno femenino constituyendo así el primer *logos* (Discurso ante la Academia de Medicina, 1989, vol. iv, p. 74).

La divinidad a la que hace referencia Villavicencio no constituye un ser personal:

El modo científico de pensar no implica necesariamente, como creen algunos, la negación de una causa primera omnisciente; pero si la negación de la creencia que esa causa o principio sea una persona análoga a la humana, arbitraria, que gobierna al mundo a despecho de, y a menudo, contra las leyes (*La evolución*, 1989, vol. iv, p. 203).

La doctora Luisa Poleo Pérez nos presenta el cuadro de semejanzas y diferencias de la filosofía de Villavicencio con respecto a la de August Comte:

Villavicencio seguía a Comte en lo referente al método. Éste constituye para la ciencia su mayor aporte y, consecuentemente, para los adelantos del país. Jamás se nota en sus escritos el menor asomo de seguir a Comte en lo que respecta a la Religión de la Humanidad (Kohn, 1986, p. 70).

El rechazo del tardío desenvolvimiento del pensamiento comtiano, concretado en la religión de la humanidad o humanismo colectivo, fue bastante común entre los positivistas latinoamericanos. Una excepción es Eugenio María Hostos, André Poey y los positivistas brasileños.

A diferencia de Comte, en Villavicencio hay claramente posiciones metafísicas, como es el caso de su monismo vitalista. El problema religioso es insoluble para la ciencia, pero ello no le quita al individuo la capacidad de resolverlo por el camino propio de la fe, por la "conciencia individual".

Tiende a separar la ciencia de la metafísica y de la religión, pero a la vez considera que estas dos últimas no son afectadas por la ciencia y que todas pueden perfectamente coexistir, cumpliendo su función netamente de carácter humano (Poleo Pérez, 1986. p. 71).

Mientras que Comte critica el providencialismo de Bossuet, Villavicencio lo admira, a pesar de que el venezolano aceptó la tesis comtiana de la evolución del espíritu humano a través de los tres estados: teológico, metafísico y positivo. Villavicencio, sin embargo, fue claramente teísta. De hecho fue un cristiano convencido. "A nuestro modo de ver, dice la doctora Poleo Pérez, es un espiritualista para el cual la conciencia es inherente a la realidad única" (1986, p. 72).

La evolución del lenguaje y del pensamiento

Villavicencio considera el lenguaje desde un punto de vista evolutivo. Define el lenguaje como "todo sistema de signos que sirve para transmitir sentimientos e ideas" (Discurso en la Academia Venezolana de la Lengua, en Poleo Pérez, 1986, p. 85). Distingue el estudio filológico del lingüístico del siguiente modo:

La filología es una ciencia histórica, y tal ciencia no puede aplicarse sino cuando nos encontramos en presencia de una literatura y una historia. Donde faltan monumentos de cultura literaria, el filólogo nada tiene que hacer; la filología, en una palabra, no puede ejercerse sino sobre documentos históricos. El caso es muy distinto con la lingüística, cuyo objeto único es la lengua misma, cuyo estudio exclusivo es el examen de la lengua en sí misma (1986, p. 88).

El lingüista estudia la lengua en forma semejante a como el naturalista estudia las plantas; investiga las leyes y estruc-

tura de la lengua. El lenguaje es un verdadero organismo vivo, en el cual podemos captar sus estructuras y elementos. Como organismo viviente el lenguaje evoluciona en el tiempo. "La vida de la palabra, como la de todos los seres del universo, es la evolución". "La doctrina de la evolución es la luz resplandeciente, guía segura que conduce nuestros pasos en los campos casi ilimitados de la ciencia del lenguaje" (1989, vol. iv, p. 203).

El lenguaje es un atributo que caracteriza al ser humano. Villavicencio cita a Vitruvio "que refiere al origen del lenguaje al descubrimiento del fuego, a la influencia social del hogar, nos muestra los hombres reunidos ensayando por gestos y gritos comunicarse su admiración" (1989, vol. iii, p. 312). El lenguaje es obra del tiempo. Primero hay un grito espontáneo, luego el grito intencional del llamamiento, de la amenaza, etcétera. Por ahí comienza el desarrollo del lenguaje. Luego viene la imitación de los sonidos de la naturaleza: la onomatopeya. De los gritos y de la onomatopeya se derivan las raíces primitivas. Éstas se amplían luego por la metáfora y la analogía. La razón viene después para poner orden en este conjunto de elementos.

Son cuatro los periodos de evolución del lenguaje. El monosilábico, la flexión, la aglutinación y el análisis. "Nuestras lenguas analíticas han nacido de los idiomas de flexión; estos no ofrecen sino una simple variedad del estado aglutinante, el cual se resuelve en monosílabos yuxtapuestos pero susceptibles de valer independientemente" (1989, vol. iii, p. 213). No todas las lenguas han presentado esta evolución. El chino es un idioma monosilábico. El japonés, el turco, el vasco, y las lenguas americanas, son lenguas aglutinantes. "La sílaba significativa queda de ordinario sin alteración, y las accesorias o vacías, que a ella se unen como prefijos o afijos, se obliteran más o menos según ciertos hábitos especiales a cada familia y a cada dialecto" (1989, vol. iii, p. 213). Luego vienen las lenguas de flexión, como las semíticas y las indoeuropeas. "Alternan la raíz principal y reducen a restos desfigurados los prefijos." La flexión, dice Villavicencio, da al pensamiento mucha mayor libertad.

Aplica al lenguaje su teoría vitalista y espiritualista.

Por manera que, a primera vista, la evolución del lenguaje se hace en forma circular. En esto el lenguaje sigue la ley general de la naturaleza. En la evolución espiritual, el espíritu desciende a la materia para perfeccionarse por la prueba, y la materia asciende luego hacia el espíritu ya purificada y dotada de sublimes cualidades (1989, vol. III, p. 314).

En la evolución del pensamiento, Villavicencio sigue el esquema tripartita comteano. Pero siguiendo a John Stuart Mill adopta las denominaciones siguientes:

1. Etapa de interpretaciones personales, para lo que Comte denomina etapa teológica.
2. Etapa ontológica para la metafísica.
3. Científica, que Comte denomina positiva.

La etapa personal es aquella en que los hechos del universo están dirigidos por voluntad particulares. La ontológica se dirige por entidades abstractas, toma abstracciones como realidades. La etapa científica es la de la ley, y todo en el universo se rige por leyes.

Lo esencial en el pensamiento de Rafael Villavicencio no es tanto el positivismo cuanto el evolucionismo. De hecho se aleja ampliamente del positivismo especialmente en sus afirmaciones vitalistas que llegan hasta el idealismo. El espíritu es en su pensamiento un alma universal que lo vivifica todo, es un *logos* que se manifiesta en las leyes de la naturaleza y de la historia. La crítica del mecanicismo es acertada, y se volvió necesaria a fines del siglo pasado. Pero esa crítica dio un salto demasiado lejos para alguien que se movía en el ámbito del positivismo y de las ciencias naturales. No es necesario ser vitalista -suponer la vida consustancial con cada ente del universo- para ponerse fuera del mecanicismo. La teoría dialéctica, que Villavicencio usa a veces, o la teoría de

la emergencia es suficiente. Las filosofías materialistas -y algunos no materialistas- han adoptado la teoría de emergencia de niveles, en la cual cualidades que no existían en un determinado nivel, pueden aparecer en un nivel superior. De este modo no es necesario suponer que el átomo y la molécula sean seres con vida y conciencia como supone tan problemáticamente Villavicencio.

El dinamicismo

En su esfuerzo por vencer al mecanicismo moderno, Villavicencio se adentró muy ampliamente en el dinamicismo. Tal como él lo describe, el dinamicismo sostiene que lo primero es la energía, la fuerza y que, en cambio, la materia viene siendo la cara pasiva de la cual la energía es la cara activa. La naturaleza es esencialmente activa. Esta concepción nos la hace ver, con razón, contraria a la inercia y pasivismo de la materia que se ha sostenido por siglos. En esta visión dinamicista toma ideas de Leibniz, pero sobre todo del energetismo moderno liderado por Boscovich y Ostwald. "No hay materia sin fuerza, ni fuerza sin materia" (Villavicencio, 1989, vol. IV, p. 212).

La fuerza es el elemento activo, generador, el polo positivo. La materia es el pasivo, fecundado, el polo negativo. La energía produce la acción, la sustancia provoca la reacción y el juego alternativo de ambos es la causa de ritmo, de la vida universal (1989, vol. IV, p. 47).

Luego continúa: "Los [sistemas] que acuerdan el principal papel a la energía y tienen la materia en poco aprecio son los sistemas dinamistas" (1989, vol. IV, p. 47).

Además, el dinamicismo recibe un poderoso impulso de la teoría biológica de la evolución de las especies, que, como vimos, nuestro autor defiende con pasión. El universo mismo es un organismo.

El universo no es un mecanismo regido por una fuerza extrínseca: es un organismo manifestación viviente de una energía intrínseca; es una unidad que se desenvuelve en una pluralidad inagotable; es una causa que evoluciona en una cadena continua de efectos, dirigida por una ley eterna e invariable (1989, vol. v, p. 51).

Estas fuerzas que constituyen el material del universo son fuerzas en constante movimiento. La naturaleza es movimiento, no conoce reposo. El movimiento es la ley fundamental del orden natural. A semejanza de Heráclito y la dialéctica, la movilidad universal de lo real está determinada por la presencia de fuerzas polares y contrarias.

...El principio general de polaridad, por el cual a fuerza, cuando pasa del estado pasivo o neutral al activo, lo verifica siempre bajo la condición de desenvolver opuestas energías. No hay acción sin reacción. Siempre un positivo implica un negativo; el semejante repele al semejante y atrae al desemejante; y así como la polaridad produce una estructura definida, así también una estructura definida supone polaridad (1989, vol. v, p. 105).

Villavicencio aplica también la ley de polaridad a la sociedad: el orden y el progreso; éstos a su vez generan los partidos políticos: conservador y liberal. En la moral se encuentra también la polaridad: el bien y el mal. Y lo mismo en la estética: lo bello y lo feo. El universo es armonioso y ordenado. Este orden y esta armonía se expresan con claridad en las leyes que rigen la naturaleza y la sociedad.

Villavicencio sostiene que no sólo hay evolución sino también involución.

La Realidad una, lo incognoscible, lo indefinido, el Espíritu, desciende de la materia; es la primera parte del proceso, la Creación o involución. La materia asciende luego al Espíritu; es la segunda parte, la Redención o Evolución. *Inclinavit coelos, et descendit...Et descendit super cherubin*

et volabit. (Salmo, xvii, 10 y 11), *Descendit de coelo, et incarnatus est.* (Símbolo de Nicea, en: Villavicencio, 1989, vol. iv, 160).

Se puede constatar aquí el monismo espiritualista pero de carácter evolutivo y dinamicista. Pero hay un doble proceso: el espíritu desciende a la materia, se encarna en la materia como el Verbo divino al hacerse carne; esta es la involución. Pero hay también el proceso inverso o evolución: la materia-energía evoluciona desde lo más elemental, desde el mineral, a la planta y al animal, hasta las supremas cualidades del espíritu humano y divino. Como lo hará también Teilhard de Chardín, algunas décadas después, este espíritu divino es el alfa y el omega; él está al principio de la evolución y al final. La idea es esencialmente la misma: espiritualizar un proceso evolutivo que de lo contrario sólo puede pensarse materialísticamente. Villavicencio quiso pensar la evolución dentro de los marcos de un espiritualismo evolucionista.

Villavicencio, sin embargo, va demasiado lejos en este monismo espiritualista. Y piensa que el espíritu, la conciencia están también en los niveles elementales de la materia. Acaba por espiritualizar al mineral, al vegetal y al animal.

El elemento anímico y espiritual existe, pues, en todos los reinos, aunque apenas discernibles en los inferiores. Esta individualidad oscura, pero indestructible, constituye el sello divino de la mónada en quien Dios quiere manifestarse por la conciencia (1989, vol. iv, p. 214).

Hay una evolución material pero hay también una evolución espiritual.

La evolución material representa la manifestación de Dios en la materia por el alma del mundo que la trabaja. La evolución espiritual representa la elaboración de la conciencia en las mónadas individuales y sus tentativas para reunirse, a través del ciclo de la vida, con el espíritu divino de que emana (1989, vol. iv, p. 160).

Por último, se trata sin duda alguna de un espiritualismo teísta, como ya se ha podido apreciar.

La doctrina de la Evolución nos muestra ahora, no un Dios que actuó a intervalos, creando el mundo por partes y colocando luego ésas en su lugar, como lo haría un hombre que fabricara una máquina, sino un Dios esencialmente activo, que obra siempre y en todas partes, dentro y fuera de cada cosa, sacando las variedades progresivas de las formas de la unidad del principio, por una acción constante y ordenada (1989, vol. iv, p. 264).

La teoría del universo que concibe Villavicencio tiene, pues las siguientes características: es dinamicista, evolucionista, vitalista, espiritualista y teísta. Hay sólo una sustancia (monismo) la energía/materia; la energía es el polo espiritual y divino del mundo; la materia el otro polo, el pasivo. Por lo tanto, la realidad fundamental es de tipo espiritual. Este espiritualismo postula, además, que el espíritu y la conciencia son co-presentes con toda realidad, por más material que sea. Vitalista: la vida se halla presente por doquier, no hay materia inanimada; la vida llega a nuestro planeta de seres vivientes esparcidos por el cosmos. Teísta: Dios es espíritu, alfa y omega. De él procede el espíritu al materializarse y a él regresa el espíritu al evolucionar hacia él. Doble proceso de involución del espíritu para encarnarse y de evolución de la materia para espiritualizarse.

Ya he expuesto mi crítica al vitalismo tal como Villavicencio lo expone. No es necesario suponer que la vida esté presente en los niveles inferiores de la realidad; es más razonable pensar que la vida emerge en ciertos niveles de mayor complejidad. Lo mismo podemos decir del espiritualismo que considera que la conciencia es copresente a toda realidad por material que sea. Las cualidades espirituales como pensar intelectualmente, valorar 'estéticamente, decidir voluntariamente, son procesos que sólo se dan en niveles superiores de los seres vivientes dotados de un cerebro altamente especializado. Son, por lo tanto, cualidades emergentes, que no

es necesario suponer copresentes en todo lo material. Vitalizar y espiritualizar la materia mineral y vegetal no tiene ningún apoyo empírico y sólo surge de una exuberancia interpretativa que busca espiritualizar el universo a toda costa.

Evolución de la ciencia y resistencia al cambio

Rafael Villavicencio está muy consciente de que la ciencia cambia, se desarrolla evolutivamente. Pero también está consciente de las resistencias al cambio en el desarrollo científico. Analicemos ambas tesis.

En la evolución del pensamiento humano nada se hace *per saltum*, ya que todo está sujeto a la ley de filiación; el presente es hijo del pasado y padre del porvenir; aquí tampoco hay generación espontánea (Villavicencio, 1989, vol. iv, p. 91).

El análisis infinitesimal en matemáticas parece salido ya en su más alto grado de perfección, como en la fábula de Minerva. Pero el hecho de que lo hayan descubierto al mismo tiempo Leibniz y Newton muestra hasta qué punto el hecho venía preparándose, nos dice Villavicencio. El germen de dicho análisis se encuentra en el método de exhaustión de los matemáticos griegos.

Del mismo modo, el descubrimiento de Copérnico tuvo sus ideas predecesoras en Grecia. La circulación de la sangre explicada por Harvey, tuvo en Galeno un predecesor, pues contra la opinión de los anatomistas de Alejandría, Galeno encontró que las arterias conducen sangre y que ésta se purifica en los pulmones. "Ningún descubrimiento se realiza sin antecedentes, ya que todos los sucesores que se refieren a la humanidad colectiva están sometidos a la ley de la filiación. Lo contrario sería suponer posible el absurdo de un efecto sin causa" (1989, vol. iii, p. 77). Copérnico cambia las posiciones respectivas del sol y la tierra, pero mantiene las mismas fuerzas y mantiene el movimiento circular, por razones metafís-

sicas, con toda su complicación de epiciclos y excéntricas. Ticho Brache dio un paso adelante al eliminar las esferas de cristal, pero un paso atrás al volver a poner la tierra en el centro del sistema. Kepler le dio la forma adecuada al sistema solar.

Alguna vez se refiere Villavicencio también a una revolución en el ámbito de las ideas, específicamente a las críticas al mecanicismo que se están haciendo en ese momento; concepción mecanicista que fue un dogma científico persistente de la modernidad. "Sin esta revolución completa en las ideas que reina actualmente, la teoría de la evolución está condenada" (1989, vol. iv, p. 150).

En cuanto a la resistencia al cambio nos dice el pensador venezolano:

Si hay algo más perjudicial al progreso humano que la intolerancia religiosa, es ciertamente la intolerancia científica. Los individuos que han conquistado una posición elevada entre los sabios, salvo honorables excepciones, se imaginan que han llegado al *summum* del saber, que más allá de la esfera, necesariamente reducida, de sus conocimientos, sólo hay ensueños vacíos, sin correspondencia con la realidad de las cosas, y rechazan, casi siempre, con ironía, toda idea nueva, todo concepto que no quepa en la estrecha medida de su intelecto. No queman ellos a sus adversarios, como lo desearían, porque no lo permite el adelanto moral de la sociedad; pero los califican de locos, imbéciles, falsarios; etcétera y se empeñan en hacerles perder su posición, su manera de vivir. Todo el que avanza una idea nueva, o quiere revivir alguna idea antigua desechada por motivo de algún progreso parcial, puede estar seguro de contar con la desaprobación y la rechifla de los que se creen sumos pontífices de la ciencia (1989, vol. v, p. 5).

Villavicencio nos da varios ejemplos. Uno es el caso de Harvey, el descubridor de la circulación sanguínea en su doble proceso. La facultad de medicina de París todavía medio siglo

después de sus descubrimientos los seguía rechazando. En 1672 un candidato a la academia, François Bazin, disertaba sobre la imposibilidad de la circulación de la sangre. *Ergo sanguinis motus circularis impossibilis*. (Luego, "el movimiento circular de la sangre es imposible".) Asimismo, Galvani fue atacado por su descubrimiento de la electricidad animal. Se burlaron de Benjamín Franklin en la Real Sociedad de Londres cuando presentó el pararrayos. Young fue escarnecido cuando presentó su teoría ondulatoria de la luz. La Academia de Ciencias de París ridiculizó a Arago cuando trató de hablar del telégrafo eléctrico. Y así, nos dice Villavicencio, la lista puede continuar. Cuvier decretó que el hombre fósil no existía cuando le llevaron el esqueleto fósil descubierto en 1874.

Cuando el eminente doctor Robert Mayer descubrió la más importante de las grandes leyes científicas modernas, la de la conservación de la energía, difícilmente encontró revista que quisiera publicar su memoria, y ningún sabio le prestó la menor atención, como no se la concedieron a otros trabajos sucesivos (1989, vol. v, p. 13).

Mayer trató de suicidarse, perdió la razón y murió en la miseria. Cuando Helmholtz volvió a hacer el descubrimiento nada sabía de su predecesor. El mérito de Mayer sólo se reconoció después de su muerte.

Frente a este dogmatismo científico, Rafael Villavicencio recurre a la idea de Henri Poincaré según la cual la ciencia en realidad vive de hipótesis y convenciones. Hace referencia también a la *Historia de la mecánica*, de Ernest Mach en la cual sostiene que los principios de la mecánica no son tan simples como se suponían y que reposan en experiencias que no se han realizado y que en verdad no podrían realizarse. En la ciencia hay también ídolos científicos. Hasta hace poco se sostenía la imposibilidad de una geometría que no fuese la de Euclides. Pero Lobatchevski y Riemann han construido nuevas geometrías que niegan algunos postulados de la geometría euclidiana y que son coherentes. Poincaré ha conclui-

do, nos dice Villavicencio, que la geometría euclidiana es sólo la más cómoda, pero que todas ellas son lógicas y coherentes.

Villavicencio vuelve una y otra vez sobre uno de los dogmas más persistentes de la ciencia moderna: el mecanicismo. Ya hemos visto su crítica a la concepción mecanicista. La ciencia moderna suponía que podía rechazar toda metafísica, nos dice, pero en verdad navegaba en un océano de metafísica, con el agravante de que no se detenía a verificar sus principios.

Un hecho está revestido de una autocracia suprema, y parece que su omnipotencia no debiera ni pudiera sufrir la menor rebelión. Desgraciadamente no siempre es así, sobre todo en los hombres de ciencia y en las academias. El espíritu conservador que anima a los sabios y a los cuerpos científicos es tan poderoso que nada en el mundo consiente en abandonar sus teorías y creencias para cambiarlas por otras, por más que los hechos les den en las narices y los aplasten con fuerza sobre humana (IV, p. 24).

Newton fue recibido con mucha resistencia en el continente, pues se mantenían fieles a la física cartesiana con su teoría de los torbellinos. La idea de la acción a distancia siempre fue repugnante para los físicos. Huyghens la cree un absurdo. Leibniz la califica de inexplicable.

Es prácticamente innecesario subrayar la actualidad de estas ideas. Hoy se debaten los filósofos de la ciencia entre el continuismo evolucionista o el discontinuismo revolucionario en las ideas. Villavicencio estaba con los primeros. Pero como lo harán, medio siglo más tarde, Kuhn, Feyerabend o Bachelard destaca la resistencia al cambio, los obstáculos al progreso científico. Villavicencio escribió muchas páginas interesantes sobre la historia de la ciencia, especialmente en astronomía, física y biología, materias sobre las cuales estaba bien informado. Y en las cuales muestra esta conciencia del progreso del saber a pesar de las múltiples resistencias y dog-

matismos internos a la propia ciencia. Quizás hubiera sido muy interesante que de la misma forma que criticó el mecanicismo moderno en física, hubiese criticado el continuismo evolutivo y reconociese que lejos de ser cierto que la naturaleza no da saltos, ella no hace sino saltar; y que hubiera aplicado esta misma idea a los cambios conceptuales en la ciencia. Si hay tantos obstáculos en el desarrollo de la ciencia, se hace difícil pensar en una evolución de las ideas lineal, continuista. Digo esto porque uno de los méritos más grandes de Villavicencio es su crítica al mecanicismo, y el linearismo muchos lo identifican como parte del mecanicismo: la evolución de tipo mecanicista, al modo como la concebía Herbert Spencer.

Rafael Villavicencio se formó indudablemente dentro de la filosofía positivista de Comte y dentro del evolucionismo de Spencer, Darwin y Haeckel. Originariamente su evolucionismo no toma partido por el materialismo mecanicista de entonces ni por el evolucionismo. Fue muy criticado como expositor del evolucionismo creyéndolo un materialista mecanicista a lo Haeckel. Con el desarrollo de sus ideas mostró sin titubeos que se trataba más bien de un monismo espiritualista. Pienso que dentro de esa evolución fue muy importante la crítica al mecanicismo que había dominado el espíritu científico moderno. Su crítica del mecanicismo es válida y es uno de sus principales méritos. Sin embargo, ese impulso crítico lo llevó a aceptar poco críticamente doctrinas vitalistas y espiritualistas sin mucho apoyo empírico. Me refiero a las hipótesis de que la vida y la conciencia están presentes en los niveles inferiores de la materia o, mejor, que son coexistentes con la materia. Al abandonar el mecanicismo pasó al dinamicismo en que se sostiene que la sustancia del universo es la energía y que ésta es esencialmente activa, mientras que la materia es sólo la cara pasiva. Pero también aquí cayó en exuberancia interpretativa al suponer que esa energía dinámica es esencialmente espiritual y divina. El dinamicismo ha cobrado mayor fuerza en las ideas contemporáneas, pero no siempre con la marca de espiritualismo con la que

Villavicencio la asocia. Villavicencio se inicia en el positivismo, de éste sólo queda el evolucionismo y la atención constante a las ciencias positivas. Pues su evolución posterior claramente teísta y espiritualista (y hasta espiritista) están a años luz de distancia de su primigenio positivismo. Refiriéndose al espiritualismo de Villavicencio afirma Rafael Hernández Heres:

...Desde que acepta la tesis leibniziana del átomo como principio animador del universo, pero éste como punto de fuerza inextenso, invisible e imponderable (centro metafísico de fuerza), se ubica en la antesala del espiritualismo racionalista, desactivando su adhesión al dogma positivista (Hernández Heres, 1989, p. 182).

También en este evolucionismo espiritualista influyó Henri Bergson, a quien cita algunas veces aprobándolo. Pero me parece que es con Teilhard de Chardin con quien tiene alguna semejanza las ideas de Villavicencio. En efecto, también el paleontólogo jesuita defenderá un evolucionismo dinámico criticando el átomo inerte de Epicuro; también insinuará repetidamente un asomo de conciencia en los niveles inferiores de la materia. Sin duda lo que más lo asemeja al jesuita francés es la postulación de un espíritu divino que es alfa y omega, y el cual hace que las cosas se hagan, está presente a lo largo de todo el proceso evolutivo.

Luis Razzetti (1862-1932)

Luis Razzetti nació el 10 de septiembre de 1862. Su madre era nieta del licenciado Miguel José Suárez "tutor de Bolívar y uno de los fundadores de la Independencia", según nos lo dice él mismo en su *Autobiografía*. Se graduó de Medicina en la Universidad Central de Caracas. Pasó tres años en Europa en estudios de su especialidad. Fundó junto con el doctor Vázquez la Sociedad de Médicos y Cirujanos de Caracas, de la cual surgió *La Gaceta Médica de Caracas*.

Rafael Villavicencio, rector de la Universidad Central de Caracas, le otorgó la cátedra de anatomía. Allí empezó a enseñar anatomía sobre la base de la teoría de la descendencia de Darwin. Fundó la Academia Nacional de Medicina.

El pensamiento de Razzetti se mueve en el área científica de la biología y el evolucionismo, recién introducido en Venezuela por aquél entonces. El marco de su evolucionismo es también positivista. En lugar de nebulosas metafísicas lo que necesitamos es una investigación científica consciente de sus propios límites.

La investigación científica tiene sus límites. Pretender explicarlos (como acostumbra los metafísicos) para luego imponerlos dogmáticamente es obra de pura especulación filosófica absolutamente estéril ("¿Qué es la vida?", 1961, p. 367).

Fundar la biología sobre un supuesto "principio vital" sin probarlo es traspasar los límites de la ciencia.

Lo único que sabemos positivamente es que la materia existe y que junto con ella existe una fuerza única, la energía, que se manifiesta de muchos modos, pero que en su esencia siempre es la misma que sufre infinita variedad de transformaciones. Las manifestaciones citadas no son sino otros tantos modos de manifestarse la vida (1961, p. 37).

La vida psíquica es la manifestación del proceso vital en el cerebro de los animales superiores. Y el alma humana una "síntesis de esas manifestaciones". De hecho, "el sistema nervioso ha evolucionado perfeccionándose en el sentido de concentrar en sí la dirección absoluta de todas las funciones vitales" (1961, p. 368). El cerebro desde el ascáride lumbricoide hasta el del hombre ha complicado cada vez más su estructura y su funcionamiento. La célula piramidal de la corteza cerebral es una célula psíquica, sin ella no habría vida mental. La gran característica del cerebro humano es la organización de las células piramidales de la corteza. Éstas tienen

un desarrollo mayor en los lóbulos occipitales, sede de la vida consciente.

El hombre se diferencia del resto de los animales por su posición bípeda y por el lenguaje articulado. "El carácter psíquico que diferencia al hombre es el progreso, carácter también adquirido, como resultado de la estación bípeda y del lenguaje articulado" (1961, p. 369). Estas características del ser humano -bipedestación y lenguaje articulado y progreso- constituyen el fundamento de la civilización humana.

Razzetti sometió el 10. de diciembre de 1904 ante la Academia Nacional de Medicina una serie de tesis para su consideración. En la primera afirma que la vida se desarrolló en la tierra, como consecuencia de las condiciones internas y externas de mecanismos físico-químicos. La segunda tesis asienta la idea evolucionista:

Los organismos que viven actualmente o que han vivido antes en la superficie de la tierra, derivan por descendencia no interrumpida de aquella materia viva, la primera y más sencilla que salió de la materia bruta y, por lo tanto, todos los organismos están unidos unos a otros por un lazo real de parentesco (1961, p. 371).

La tercera tesis afirma que el hombre sigue también las leyes filogenéticas y ontogenéticas de los demás seres vivos. "La doctrina de la descendencia que explica el origen de los seres organizados, debe necesariamente aplicarse al conocimiento del origen natural del hombre" (1961, p. 371).

El doctor Razzetti nos cuenta la discusión que se llevó a cabo sobre un asunto que para el momento era complejo y espinoso. Recibió el apoyo decidido de G. Delgado Palacios y del doctor Medina. Otros expresaron dudas sobre la eternidad de la materia. La mayoría de los académicos favorecieron las tesis de Razzetti, pero no lo hicieron en público, sino en un cuestionario sometido por el propio Razzetti. Posteriormente la Academia aprobó una resolución declarando que las tesis de Razzetti son las que "actualmente enseña la ciencia". La ciencia se rectifica continuamente, pero hoy, explica Razzetti, es la teoría evolutiva la que mejor explica los hechos.

Sin embargo, la Academia añadió: "Sin que se entienda que la Academia presta con su autoridad el carácter de una verdad indiscutible." Razzetti consideró este añadido como "el residuo de prejuicios ancestrales que duermen aún en el fondo de algunas conciencias, o como de deplorable expresión de una falta de convencimiento científico, inexplicable en los miembros de la Academia" (1961, p. 376).

De hecho esa declaración de la Academia dio pie a que el arzobispo de Caracas interviniera -incluso escribió un libro- afirmando que "esa declaración de la Academia según la cual no se trata de una verdad indiscutible, salvó a la Academia de la deshonra científica y moral en que habría caído, si aceptara como indiscutible la tesis de Razzetti y Delgado" (1961, p. 376). Posteriormente la Academia circuló un Boletín en que claramente afirmaba que "la doctrina de la evolución no ha sido rechazada por la Academia Nacional de Medicina, como no puede ser rechazada hoy por una asociación de ciencias biológicas netamente científicas, que no puede dejar de aceptarla" (1961, p. 377).

El 12 de febrero de 1909 pronunció Razzetti un discurso intitulado "Discurso en el centenario de Darwin". Razzetti se presenta como el escritor que "con más fe ha defendido en Venezuela las doctrinas biológicas que se derivan de la concepción darwinista del mundo" ("En el centenario de Darwin", 1961, p. 385). La ciencia es poseedora de la verdad, "por ello el catolicismo, último fuerte de resistencia contra la teoría evolucionista, ha tenido que revisar su interpretación del Génesis, y ha empezado a hablar de "evolución del dogma" (1961, p. 361).

Razzetti hace referencia al movimiento teológico denominado "modernismo". Afirma que, aunque parece una escuela herética, empero, "investiga la verdad a la luz de la crítica histórica moderna". Por ello ha podido decir Loisy: "Los primeros capítulos del Génesis no contienen una historia exacta y real de los orígenes de la humanidad." Para Razzetti, hoy a los católicos les es dado aceptar la doctrina de la evolución sin menoscabo de la fe. Vassemann defiende un transformismo moderado, que no conduce al ateísmo.

La religión y la ciencia tienen sus límites, cada una de ellas debe girar en su esfera. Pero como no es la religión sino la ciencia la dueña y señora de los destinos humanos, porque no es la religión sino la ciencia la encargada de dirigir el progreso, cada vez que la religión pone un obstáculo a la obra del progreso, la ciencia en nombre de los derechos humanos, está en el deber de oponerse a la acción retrógrada de la religión (1961, p. 388).

La postura tradicional de la religión impide incluso que el hombre conozca su propia naturaleza, continua afirmando Razzetti. Por eso, la ciencia tiene que oponerse a la interferencia de la religión en sus dominios. *El origen de las especies* contiene todo evangelio de la ciencia. Razzetti cita unas palabras de Darwin tomadas de la última página de su libro:

En mi sentir, lo que conocemos de las leyes impuestas a la materia por el Creador se acuerda mejor con la suposición que los seres y pasados son producidos y destruidos por causas segundas, semejantes a las que determinan el nacimiento y la muerte de los individuos.

Expresión ésta que no es ateísta sino deísta.

Razzetti piensa que los más importantes conocimientos que tenemos acerca del hombre derivan de la teoría darwiniana de la evolución. La naturaleza del hombre deriva de la serie de transformaciones sufridas por el ser viviente en el largo proceso de la evolución. El hombre no es como dice el platonismo "un alma servida por órganos", sino más bien "un organismo que determina su inteligencia".

Razzetti hace también un alto elogio de Herbert Spencer:

Cuando Spencer, erguido sobre el pedestal de la ciencia positiva y en nombre del gran principio de la indestructibilidad de la materia, dijo que la vida era el acomodo de reacciones internas y de las relaciones externas, compendió en una frase el programa de la fisiología del porvenir y arruinó de un solo golpe todas las doctrinas antiguas (1961, p. 393).

Razzetti defiende lo que él llama "teoría mecánica de la vida": simple fenómeno de reacciones físico-químicas. También sostiene la tesis materialista según la cual "En el universo sólo existen la materia y la energía consustanciales, infinitas y eternas" (1961, p. 395).

El fin de la ciencia es la verdad, pero la finalidad última del conocer es la felicidad humana. Para el hombre el conocimiento de sí mismo es un deber. Por ello concluye:

La suprema importancia de la obra de Darwin... consiste precisamente en que las leyes por él establecidas sobre los orígenes del hombre, colocaron el problema capital de la medicina -el conocimiento de la naturaleza humana- en el terreno de la ciencia experimental (1961, p. 395).

Y continúa:

Darwin colmó el abismo que la metafísica había abierto entre el hombre y la naturaleza, y al hacernos consustanciales con el universo, estableció en la biología el principio de la unidad y de la solidaridad que existe entre el mundo orgánico y el inorgánico (1961, p. 395).

La tendencia de Razzetti no es sólo el determinismo sino también al materialismo monista: "En el gran Cosmos se cumple con matemática precisión, la ley monista de la sustancia, establecida por Haeckel, como consecuencia fatal del principio físico de la conservación de la materia y la energía" (1961, p. 396). Y prosigue: "Soy determinista porque creo que todos los fenómenos de la naturaleza están sometidos a las leyes absolutas y que cada una de ellas tiene sus causas particulares, necesarias y suficientes" ("Autobiografía", 1961, p. 401). No en vano pudo decir: "Haeckel ha sido mi maestro predilecto."

Sobre el positivismo de Razzetti comenta Rodolfo Quintero: "Para científicos y pensadores como Razzetti el positivismo era una doctrina salvadora, un instrumento de emancipación mental, la posibilidad de orientar la realidad" (Rodolfo Quintero, 1972, p. 40). Y más delante agrega:

Razzetti y un grupo de intelectuales vieron en el positivismo la herramienta ideológica para lograr la emancipación mental de Venezuela. Pensaron que lograda ésta, el país podría llegar a la altura de los más civilizados (1972, p. 42).

Luego agrega:

Las clases dominantes, la oligarquía petrolera ya poderosa, cobró a Razzetti el señalamiento de los problemas que afectaban a las masas populares víctimas de la explotación. Al denunciar con su acostumbrada valentía y claridad ante la Academia Nacional de Medicina, el marcado decaimiento de la población de Caracas y señalar sus causas, es perseguido para encerrarlo como a muchos otros patriotas en la cárcel conocida con el nombre de "Rotonda". Razzetti huye a Curazao en 1924 donde el Gobernador de la isla de la Shell le prohíbe ejercer su profesión, sigue a Panamá y en esta dependencia norteamericana igualmente se le prohíbe ejercer como médico. La movilización de las organizaciones científicas y culturales logra que vuelva al país donde continúa luchando (1972, p. 43).

Muere en Caracas el 14 de mayo de 1932.

Bibliografía

Obras de Luis Razzetti

Obras completas, Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, Caracas, 1962.

¿Qué es la vida?, en *Pensamiento político venezolano del siglo XIX*, *La Doctrina positivista*, Ediciones Conmemorativas del Sesquicentenario de la Independencia, Caracas, 1961, t. I.

Comentarios

ARCHILLA, Ricardo, *Luis Razzetti o biografía de la superación*, Imprenta Nacional, Caracas, 1952.

QUINTERO, Rodolfo, "Luis Razzetti", en *Revista Nacional de Cultura*, núms. 209, 210, 211, septiembre-octubre de 1972.

VILLAVICENCIO, Rafael, *Escritos del doctor Villavicencio*, Biblioteca de la Academia Nacional de Historia, Edición a cargo de Rafael Hernández Heres, Caracas, 1989, 5 vols.

Comentarios

HERNÁNDEZ HERES, Rafael, *La instrucción pública en el proyecto político de Guzmán Blanco: ideas y hechos*, Biblioteca de la Academia Nacional de Historia, Caracas, 1987.

_____, *Referencias para el estudio de las ideas educativas en Venezuela*, Biblioteca de Academia Nacional de Historia, Caracas, 1988.

_____, *Rafael Villavicencio, más allá del positivismo*, Biblioteca de la Academia Nacional de Historia, Caracas, 1989.

KOHN DE BEKER, Marisa, *Tendencias positivistas en Venezuela*, Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1970.

LUNA, José Ramón, *El positivismo en la Historia del Pensamiento Venezolano*, Arte, Caracas, 1971.

POLEO PÉREZ, Luisa, *Rafael Villavicencio: del positivismo al espiritualismo*, Biblioteca de la Academia Nacional de Historia, Caracas, 1986.

USLAR PIETRI, Arturo, *Letras y hombres de Venezuela*, Edime, Madrid/Caracas, 1976.

Varios, "La doctrina positivista", en *Pensamiento político venezolano en el siglo XIX*, Sesquicentenario, Caracas, 1961.

000031